

**Clara M. Codd**

**¡ENTRÉGATE  
A LA VIDA!**



**BIBLIOTECA UPASIKA**

[www.upasika.com](http://www.upasika.com)

## **ÍNDICE**

- Dedicatoria**, *página 3.*
- Introducción**, *página 4.*
- Capítulo I - ¿Qué es Dios?**, *página 5.*
- Capítulo II - ¿Qué es el Hombre?**, *página 9.*
- Capítulo III - La Vida Evolucionada en Ciclos**, *página 12.*
- Capítulo IV – Los Verdaderos Mandamientos de Dios**, *página 16.*
- Capítulo V - El Secreto del Pecado y del Sufrimiento**, *página 19.*
- Capítulo VI – “Jamás te Lamentes de Nada; Nunca Estés Triste”**,  
*página 24.*
- Capítulo VII – Debemos Seguir Adelante Desde Aquí**, *página 28.*
- Capítulo VIII – La Muerte es Nuestra Amiga**, *página 30.*
- Capítulo IX – El Amor Humano y Divino**, *página 33.*
- Capítulo X – Las Alas del Alma**, *página 37.*
- Capítulo XI – El Lugar de la Belleza en Nuestra Vida**, *página 39.*
- Capítulo XII – Nace una Nueva Religión**, *página 44.*

## **DEDICATORIA**

“¡Oh, Mundo, cómo te ha hecho Dios!  
Todo es Belleza y, sabiendo esto, es Amor  
y el Amor es Deber.  
¿Qué más puede decirse o desearse?”.

Roberto Browning  
(Traducción libre).

## **INTRODUCCIÓN**

Durante su larga y activa vida, Clara Codd suscitó inspiración, deleite y algo más a todos los que la conocieron. Ese algo más era una cualidad particularmente bella de su espíritu. Su ilimitado buen humor y amable ingenio la prepararon admirablemente para el rol de conferenciante internacional y fue una experta en el arte de conquistar amistades tanto entre jóvenes como adultos dondequiera que fuese. Llevaba serenamente consigo su sabiduría, como llevaba todo lo demás, sin mostrar indicio alguno de superioridad.

Partidaria de la verdad y la justicia, en sus años juveniles tuvo especial actividad en el movimiento sufragista femenino. Más tarde dedicó su considerable energía al movimiento teosófico. Pero siempre su sentido de la proporción y una firme voluntad le evitaron caer en el fanatismo. Afortunadamente sobreviven sus escritos para mantener viva esa especial cualidad que era evidente en su presencia.

Presentado, como ella lo hace, con preguntas que todo pensador se cuestiona, “Entrégate a la vida” representa la quintaesencia de años de una existencia sensata y reflexiva y testimonia la denodada fe que la propia autora depositaba en la vida.

**Bridget Paget**

## CAPÍTULO I

### ¿QUE ES DIOS?

Recuerdo que, cuando yo era joven, se consideraba mala persona a todo aquel que afirmaba no creer en Dios. En realidad, lo que quería expresar era que no aceptaba la “imagen” corriente de Dios. Siendo niña imaginaba a Dios, como la mayoría de la gente, con el aspecto de un anciano señor habitante de los cielos, un viejo señor al cual temía y, ciertamente, no amaba.

En la pared del jardín de infantes al que concurría, se leía un texto enmarcado: “Tú, Oh Dios, me ves”. Las niñeras y las institutrices explicaban que Dios nos observaba de continuo y que prestaba atención a todas nuestras pequeñas faltas. Yo llevaba una vida bastante feliz hasta el día en que mi madre sugirió a nuestra joven institutriz: “Creo que a las niñas hay que enseñarles un poco de religión”.

“Vengan”, dijo la Srta. Fife. Tomó una gran Biblia de un estante y nos leyó la historia de la Crucifixión. “¡Qué horrible cuento!”, dije cuando hubo terminado.

“¡Niña mala! ¡Eso es verdad!”, me contestó.

Más tarde empecé a escuchar relatos acerca del Paraíso, el cual se encontraba arriba, en los Cielos, en alguna parte, y acerca del Infierno que se hallaba en algún sitio, “aquí abajo”. El infierno me horrorizó y me quitó toda la alegría de vivir. Por algunas razones que tal vez los psicólogos podrían explicar, estaba segura de que mis padres irían allí. De noche no podía dormir pensando en su horrible destino y en la forma de ayudarlos para su salvación.

A medida que pasaban los años, mis temores se disipaban. Me hice más osada y menos creyente. Cuando tenía casi quince años, un día inesperado, tiré por la borda ese Dios aterrador y me declaré atea. Muy pocos advirtieron mi actitud. Comencé a despertar interiormente cuando, merodeando un puesto de libros usados en la pequeña ciudad campestre donde vivíamos, di con un folleto tamaño bolsillo titulado: **“EL MUERTO QUE VIVE”** el cual compré por seis peniques. Contenía fotografías de espíritus. Me emocioné. “¡Al menos vivimos después de la muerte!”, me dije.

Justamente, en aquella época, visitaba a mi maestra la hija de un fabricante de pianos.

Nos hicimos grandes amigas y me invitó a vivir con ella en Londres. Descubrí que era una ferviente espiritista. Me llevó con ella a muchas sesiones y reuniones.

Pero nunca encontré una verdadera ayuda en el espiritismo. Parecía que la mayoría de los habitantes del más allá se pasaban el tiempo cerca de uno para enviar mensajes como: “Dile a Mary que me siento feliz”. No mucho después mi padre falleció y nos fuimos todos a vivir a Suiza, en la histórica ciudad de Ginebra.

Allí, en la casa del Cónsul de Rusia, el Conde Prozor, me encontré con el Coronel Henry Olcott, como lo he narrado muchas veces, y escuché la descripción de su vida con Madame Blavatsky y los cinco Adeptos que él encontrara en cuerpo físico. Ese fue el

comienzo de una nueva existencia para mí. Quizá venga a propósito una pequeña e interesante anécdota. Solía colaborar económicamente con mi familia enseñando inglés. Un día contesté el aviso de la hija de un posadero que vivía en las montañas del Jura y deseaba aprender inglés. Me hospedé en su casa durante tres meses. Los viñedos cubrían las laderas inferiores de la montaña. Cuando llegó el momento de recoger las uvas, llegaron hombres de la vecina Saboya para la vendimia. Dormían con las vacas. Se me dijo que dormir con las vacas curaba la tisis. Allá, en lo más alto de las montañas, no había médicos. Sabias mujeres que recogían hierbas al alba, antes de que se secase el rocío, las prescribían a los enfermos. Algunas de ellas eran clarividentes y tenían ojos extraños.

En aquel entonces, sin título alguno, pues jamás había concurrido al colegio, me preguntaba cómo podría ganarme mejor la vida. Entonces escuché hablar de una joven paisana, famosa por orientar a la gente sobre lo que le convenía realizar. Así, una mañana fui a visitarla. La encontré preparando el almuerzo. Su madre siguió con esa tarea. Me guió a una habitación interior, entró en trance y me tomó la mano. “Ni doncella, ni cocinera, ni vendedora”, murmuró. Sorpresivamente dijo; “¡Oh, la veo!”. “¿Qué ve usted?”, pregunté yo.

Contestó: “La veo sobre una plataforma con cientos de personas ante usted”. De nuevo inquirí: “¿Qué estoy haciendo? ¿Soy una actriz?”. “Oh, no, no es una actriz”, respondió. “Entonces, ¿qué estoy haciendo?”, pregunté otra vez. “No se lo puedo decir, pero me parece escuchar la música de Wagner”, replicó. Esto ocurrió varios meses antes de que oyera hablar de Teosofía por primera vez.

Debe haber miles de seres educados, como yo, con una horrenda imagen de la Divinidad afirmando que ella es Amor; pero que, al mismo tiempo, puede condenar al eterno tormento a las criaturas por ella creadas. No es extraño que se produzca, en la actualidad, una creciente rebelión contra ese increíble aserto. Como ha dicho el Obispo de Woolwich, el Dr. John Robinson: “La imagen que hemos forjado de Dios debe desaparecer”.

Los hombres dirán: “Sin embargo ha de existir un Creador. Este universo no puede salir de la nada”. Y citarán el texto bíblico que afirma que el hombre fue hecho a imagen y semejanza de Dios, lo cual entienden como una referencia a nuestros cuerpos físicos.

Todas nuestras ideas están representadas por algún tipo de imágenes. No nos damos cuenta de que la mayoría de estas imágenes son símbolos. No debemos tomarlas por realidades. Tal como un niño piensa en Dios imaginándolo un anciano señor en los cielos, así también es difícil para el hombre meditar sobre el Creador del universo en otros términos que no sean humanos. Las antiguas escrituras hindúes enfrentan esta disyuntiva acerca de cuál idea - la personal o la metafísica - está más cerca de la verdad. Arjuna pregunta al Señor Sri Krishna si se debe confiar más en aquellos que adoran lo Inmanifestado o en aquellos que aman a la Divinidad en una forma personal. El Señor responde que la dificultad es mayor para aquellos cuya mente está dirigida hacia lo Inmanifestado, “porque el sendero de lo Inmanifestado es difícil de realizar para los encarnados”. Resulta arduo para el hombre visualizar a Dios en todo lo que no se presente en términos humanos. Como dijo Voltaire: “En el principio creó Dios al hombre a Su propia Imagen y, desde entonces, el hombre ha estado devolviéndole el cumplido”.

Pero hay una sola Vida en todo el universo, en cada forma, y aún en cada átomo.

Esa Vida es una e indivisible. Nunca muere sino que renace una y otra vez en miríadas de formas que cambian y desaparecen. Y siempre reencarna en formas más elevadas y mejores. Este cambio rítmico e incesante se llama evolución. ¿Qué es esa Vida Una que se manifiesta en todo lugar? El Profesor Radhakrishnan da la respuesta: “Vida es Dios”. O bien, según las palabras de “**LA DOCTRINA SECRETA**”, de H. P. Blavatsky, existe “un Principio Omnipresente, Eterno, Sin Límites e Inmutable sobre el cual es imposible toda especulación puesto que trasciende el poder de la concepción humana y puede ser empequeñecido por cualquier expresión o comparación humana”. (“La doctrina secreta, Ed. Kier, Vol. 1, pág. 79). O podríamos citar “**EL IDILIO DEL LOTO BLANCO**”, de Mabel Collins: “El principio dador de vida habita dentro de nosotros y fuera de nosotros; es inmortal y eternamente benéfico; no se oye, ni se ve ni se huele, pero lo percibe el hombre que aspira a la percepción”.

“**LA DOCTRINA SECRETA**” dice también que el espíritu en el hombre es una chispa de esa omnipenetrante Vida y enseña “la identidad fundamental de todas las Almas con el Alma Suprema Universal, siendo esta última un aspecto de la Raíz Desconocida, y el peregrinaje obligatorio para toda Alma -chispa de la primera- a través del Ciclo de Encarnación, o de Necesidad, de acuerdo con la Ley Cíclica y Kármica”. (Nota al pie, Ibid. Ed. Kier, Pág. 81). Esto ocurre porque cada hijo del hombre es también, y eternamente, un Hijo del Altísimo. Tal la herencia que nadie puede quitarle.

De tal manera va surgiendo en el mundo un nuevo concepto de la Divinidad y, con ello, un testimonio de lo que podemos llamar una nueva religión, la Religión de la Vida Misma. De esto surgen muchas implicaciones llenas de esperanza e iluminación para los hombres.

La antigua idea de una Divinidad personal ha resultado ser desastrosa según lo expresa un Adepto tan grande como es el Mahachohan cuando escribe: “El mundo en general y el Cristianismo en especial, entregados por dos mil años al gobierno de un Dios personal, así como sus sistemas políticos y sociales basados en esa idea, han experimentado actualmente un fracaso”.

En todas partes hay una Vida y ésta es Una. H. P. B. (En todo el libro la autora se refiere con frecuencia a la Sra. Blavatsky solamente con las iniciales de su nombre. Nota del editor) llama “el principio de limitación” a las formas que la incorporan.

Esa vida omnipenetrante es demasiado vasta para que la comprendan nuestros pequeños intelectos. Pero que exista una Unidad, un Principio Vital omniabarcante, es evidente por sí misma. La Vida se expande alrededor y dentro de nosotros y a través de varios estados de conciencia. Y se trata siempre de la misma Vida, la Vida Una, la Única. No podemos afirmar qué la hace crecer, qué la hace expandir y contraer, crear y destruir. Acerca de ella sabemos tan sólo dos cosas: que avanza en forma cíclica y que es gobernada por una Ley inmutable, una Ley que no conoce modificación, “ayer, y hoy, y siempre”, la eterna Voluntad del universo que señala algún lejano evento hacia el cual se mueve toda la Creación. En la terminología religiosa se la designa con el nombre de la Voluntad de Dios. Ordenemos estas ideas en forma tabulada.

- 1.- La Vida es Dios.
- 2.- La Vida es Universal. En la Vida “vivimos, nos movemos y tenemos nuestro ser”.

- 3.- La Vida evoluciona, y lo hace en forma cíclica como pensaban los antiguos griegos.
- 4.- La Vida evoluciona bajo el gobierno de una Ley inmutable, los “verdaderos mandamientos de Dios”.

La Vida es Dios. Recordemos que, toda vez que vemos cómo se abre una flor, el movimiento de las ramas de un gracioso árbol o la marea creciente o menguante, estamos observando la Vida Divina en acción. No podremos conocer a Dios mientras no hayamos logrado unir nuestra pequeña conciencia humana con la inmortal, omnipenetrante, Conciencia y Vida que nos circunda. Quisiera agregar algunas palabras del Maestro D. K. acerca de la Vida.

“La Vida no puede expresarse en palabras, ni tampoco su lograda perfección... En tanto el hombre se encuentre en la forma, no podrá comprender qué es la Vida”.



## **CAPÍTULO II**

### **¿QUE ES EL HOMBRE?**

“¿Qué es el hombre por el cual te preocupas?”, canta el Salmista. y Shakespeare, el bardo inmortal, dice algo parecido. Los antiguos le llamaban el Microcosmos que incorpora y simboliza todas las fuerzas y potencias del Universo, el Macrocosmos. Sí, el hombre es esa maravilla, tanto en el simbolismo de sus órganos y miembros como en la trinidad de su constitución psicológica. Nosotros pensamos, sentimos y actuamos. ¿Hacia qué ideal apuntan estos tres aspectos?. El pensamiento aspira a la sabiduría; el amor es el gran poder creador en el hombre; la acción desarrolla capacidad o poder. Así se reflejan en el hombre la prístina Sabiduría, el Amor y el Poder del Universo, el origen de todas las trinidades teológicas. Todos los dogmas teológicos son símbolos cristalizados y, a la postre, tienden a tener prisionero al hombre.

John Ruskin dijo que gran parte del antiguo conocimiento se oculta en la derivación de las palabras. Si observamos la palabra “símbolo”, encontramos que deriva del griego significando “figura real que evoca algo distinto de ella”. Un símbolo es un Indicador que señala una verdad demasiado grande para quedar encerrada en una palabra o en una idea. El símbolo nunca es la cosa misma ni debe tomarse por ella.

El hombre no es solamente un cuerpo físico sino mucho más que eso, la Teosofía asevera que tiene un alma o, más bien, que “es” un alma que usa en la actualidad un cuerpo para lograr experiencias. Eso resulta evidente para todos aquellos que poseen visión psíquica por cuanto esa visión más clara percibe mundos cada vez más sutiles dentro de mundos de formas materiales - es decir, con creciente velocidad vibratoria - los cuales ínterpenetran y rodean formas más densas tales como las de nuestro mundo físico. Es útil recordar que la palabra de la Biblia traducida como “alma” es la palabra griega “psiche” de la cual derivan las expresiones “ciencia psíquica” y “psicología”: ambas, modernos departamentos del conocimiento ya que una explora los alrededores del mundo interno del alma desde el punto de vista de su existencia objetiva y la otra clasifica los poderes de su conciencia.

Así pues, el hombre es un alma que posee un cuerpo. Es el alma la que piensa y siente y las vibraciones resultantes ponen en movimiento - aunque en, voltaje inferior - una inmediata vibración complementaria en las células del cerebro y del sistema nervioso. El alma, o contraparte psíquica del cuerpo, es, como afirmaba Séneca, la sed del pensamiento y el sentimiento. Su deseo de ponerse en contacto con el mundo exterior desarrolló los órganos de sensación. “El alma deseaba ver, y por eso desarrolló los ojos; deseaba oír, y por eso desarrolló los oídos”, etc., dicen las escrituras hindúes.

El cuerpo del hombre, como sugiere su derivación anglosajona (body), es aquello que H. P. B. llamaba la casa en la cual vivimos temporariamente. Esta temporaria morada contiene dos grupos de nervios: unos que nos traen las sensaciones desde afuera, con las cuales formamos conceptos e ideas mentales, los nervios sensorios, y otros por medio de

los cuales actuamos sobre lo que nos rodea, los nervios motores. El pensamiento no se origina en el cerebro que es sólo su mecanismo de transmisión tal como las teclas del piano para el músico. No hay música en el piano. La música se encuentra en el alma del músico; pero él necesita del piano para expresarla puesto que se halla limitado en su capacidad de transmitir. Del mismo modo que un transformador eléctrico, el cerebro amortigua y disminuye las rápidas vibraciones del sentimiento y del pensamiento. Después de la muerte, pensamos con mayor rapidez y sentimos más vívidamente, porque el alma no está fuera del cuerpo físico sino que lo penetra e ínterpenetra como las esferas a las cuales pertenece y que penetran e ínterpenetran todo el universo físico.

Estas invisibles esferas no pueden ser captadas por el ojo humano, adaptado para responder a un cierto tipo de vibraciones físicas. Las longitudes de ondas psíquicas son demasiado rápidas para los ojos físicos; pero pueden ser captadas por ciertos centros “ocultos” que se encuentran en la contraparte más sutil del cuerpo físico, de materia “etérica”.

Estos “centros” corresponden, más o menos, a los principales plexos nerviosos del cuerpo. Despertados y activos, revelan al vidente los mundos de materia más sutil que, entonces, pueden explorarse e investigarse. Cuando se logra esto, se comprueba que el sentimiento se expresa en colores los cuales son índices de vibración y se han incorporado a dichos comunes como: “ver rojo”, “estar azul”, etc. Esto nos sugiere ese mundo aún más sutil donde el poder creador de la imaginación o facultad de crear imágenes proporciona formas e imágenes. El pensamiento es el constructor de la forma. Por medio de ese poder recordamos sucesos y personas y también representamos cuadros mentales de lo que puede suceder en el futuro. Esta facultad de “construir imágenes” debe ser controlada y empleada. Sin control puede convertirse en una fuerza devastadora como en el caso de un enfermo imaginario o de una persona demasiado ansiosa. Por lo tanto la mente es el constructor de la forma y el sentimiento (emoción) es el poder motor, como se ve claramente en la raíz de la palabra “emoción”. El sentimiento impele a la acción; la mente muestra cómo.

“Pienso, luego existo”, dijo el filósofo Descartes. La mente es también el asiento de la “yoidad”: “esto soy Yo”, “Yo no soy esto”, etc. Las escrituras hindúes llaman, a esta facultad, “ahamkara”. Ella nos da el sentido de la identificación personal; pero, cuando está sin control, es la raíz del egoísmo, de la ambición y del orgullo. Nos hace desear cosas para nosotros mismos, envidiar a los demás, anhelar convertirnos en personas prominentes. Todos poseemos tal facultad. Durante muchas vidas esto constituye, así nos lo dice H. P. B., una protección necesaria para la evolución tal como la cáscara del huevo envuelve al pollito en potencia e impulsa el esfuerzo del hombre. Su propósito es lograr que el hombre establezca un centro firme que destruya el caparazón que lo rodea y que, al volverse uno con la Vida Universal, continúe al mismo tiempo conservando ese centro individual de conciencia convirtiéndose - como afirma H. P. B. - en un centro eterno sin periferia como el mismo universo.

Ese centro imperecedero en la Vida Universal es el centro más profundo del ser en cada uno de nosotros. Es el eterno “Hijo de Dios” dentro del hombre. A veces lo llamamos el “Yo Superior”. Eso es algo inherente a cada “hijo de hombre” que nadie podrá quitarle jamás. Durante muchas existencias vivimos inconscientes de esa fuente profunda aunque nos llegan de ella impulsos cada vez más frecuentes, tales como una repentina inspiración, un desconocido coraje, una honda compasión, etc.

A este profundo centro interno, San Pablo lo llama “el Cristo en vosotros, la esperanza de gloria”. San Pedro describe al hombre como un ser triple que posee un cuerpo, un alma o contraparte psíquica y un “yo” espiritual. Ese centro espiritual es la “palabra de Dios” que nunca se pierde. “Los Cielos y la Tierra pasarán (el cuerpo y el yo psíquico pueden perderse), “pero Mis Palabras” (el hombre espiritual en nosotros) “no se perderán”. Si la Vida no hubiese pensado en nosotros y no nos hubiese hablado, nunca habríamos llegado a la existencia.

Luego están los planos que intervienen en la Naturaleza y que podemos llamar los Cielos y la Tierra. La tierra física es el más bajo y más denso, es decir el que tiene las vibraciones más lentas. Es el mundo del sufrimiento y del dolor. La Sra. Blavatsky dice que la ciencia oculta no conoce ningún “infierno” o lugar de castigo que no sea un planeta habitado por hombres. Creo firmemente en ello. Sin embargo este desdichado mundo se convertirá en otro cielo el día en que se haga al fin Su Voluntad sobre la tierra como se hace en el Cielo.

Krishnamurti dice que, si podemos observar la vida sin ninguna reacción de aprobación o desaprobación o sin evaluación alguna, contemplando simplemente cómo trabaja nuestra mente, ésta se aquietará de manera natural y entonces entrarán en nosotros la conciencia universal, la bienaventuranza, la verdad. De tal modo se habrá terminado el evolutivo peregrinaje del hombre y el Alma Suprema habrá encontrado un canal más para su expresión.

“Acércate a Dios y Dios se acercará a ti,” dice Santiago. Dejar el vuelo libre de nuestro pensamiento hacia esa maravillosa y omnipenetrante Vida, el tratar de percibirla en todas las cosas vivientes (no existe materia “muerta” en ningún lugar del universo) nos proporcionarán una respuesta.

Porque, como afirma H. P. B., esa Vida Suprema se encuentra siempre dispuesta a verse en quienes la representan aquí, pero sólo puede hacerlo cuando el pequeño “yo” la ha adorado y venerado. Hemos de dar el primer paso. Dios responderá porque cada hijo del hombre es también hijo de Dios. El Señor Cristo citó las palabras del Rey David cuando dijo: “Vosotros sois Dioses”. No existe el “pecado”, sino nuestra falta de desarrollo. De esto hablaremos en otro capítulo.

Recordemos que la Vida es pura, santa y sin corrupción. Hace muchos años en una reunión en Varanasi, India, me pareció ver el mundo en medio de una atmósfera extraordinaria tal como lo ven los Hombres Perfectos. Y no existía ninguna diferencia. Todo era igualmente importante, todo igualmente venerable.

Una vez que el hombre alcanza esa Vida Inmortal en plena conciencia, se convierte en un radiante centro de esa maravillosa Vida para los demás hombres y, aún más, para todo lo que vive. Y no existe nada que no tenga “vida”. No existe la “materia muerta”.

¿Qué es, por lo tanto, el hombre?. Un cuerpo que aprisiona - y en última instancia expresa - al Hijo de Dios, el inmortal fluir de la Vida misma. Es un ser maravilloso al que hay que amar, auxiliar y comprender en cada caso y en todas las ocasiones.

## **CAPÍTULO III**

### **LA VIDA EVOLUCIONA EN CICLOS**

¿Han observado ustedes, alguna vez, el hecho universal de que la vida se mueve de una manera cíclica retornando de continuo sobre sí misma, pero elevándose hacia un nivel superior?. ¿Han sabido ustedes de una tarde que no haya sido seguida por una mañana o de un Invierno que no haya precedido a la primavera?. Una noche de descanso y asimilación sucede a un día de actividad y, de la misma manera, lo que hacemos hoy es el resultado de ayer y la causa de lo que sucederá mañana. Así, una vida, con sus eventos y circunstancias, es la consecuencia de todas las vidas que quedaron atrás y la precursora de los eventos que vendrán. San Clemente de Alejandría escribió justamente acerca de esto: “Cada alma viene al mundo fortalecida por las victorias o debilitada por las derrotas de su vida anterior. Su lugar en este mundo como un receptáculo designado para el honor o la deshonra está determinado por sus anteriores méritos o deméritos. Su trabajo en este mundo decide su lugar en el mundo que sigue a éste”.

A veces un alma no es debilitada por los defectos, sino que se fortalece al superarlos.

Toda la naturaleza sigue la misma ley. Durante el invierno la vida de las flores y de los árboles parece hallarse en estado de reposo; pero continúa allí, esperando una vez más la primavera. El mismo proceso se ve en la vida del hombre. Así como transcurren la mañana, el mediodía y el atardecer y, durante el ciclo anual, la primavera, el verano, el otoño y el invierno, existen la juventud, la madurez y la vejez dentro del período vital del hombre. Así también despierta renovado después de una noche de descanso y, de la misma manera, retorna lleno de vitalidad cuando accede a un cuerpo nuevo y pleno de vigor. Porque ha llegado la hora de renacer. Otro día de experiencia y desarrollo amanece para él en el nuevo y joven cuerpo que lleva consigo una nueva mente y un nuevo corazón donde moran las semillas de todo lo pensado y sentido en el largo pasado. Un recién nacido no es una obra (o creación) nueva.

Como escribió el Maestro K. H. al Sr. Sinnett: “A. P. Sinnett no es absolutamente una novel invención”.

¿Por qué un nuevo ser nace entre nosotros? . Porque lo hemos amado y conocido en el pasado y se entrega a nuestro cuidado mientras su cuerpo permanece joven e indefenso. Porque el amor es una enérgica fuerza de atracción y forma lazos que nunca se podrán destruir. ¡El odio, también, desgraciadamente!. Así, de esa manera, se forma el vínculo familiar. En nuestro fuero interno, lo único que no es nuevo sino inmortal y en constante desarrollo es nuestro “yo” espiritual. H. P. B. dice que las Huestes Angélicas colocan a ese yo inmortal en contacto con su nuevo cuerpo en los momentos previos al nacimiento llamado “apresuramiento” (“quickenning”) cuando el feto da señales de vida. El vínculo así formado atrae a la personalidad, después de la muerte, hacia ese plano maravilloso llamado “Devachan”, el “hogar de los Dioses”, el “Mundo Celestial”. Después de un período de

descanso y de recapitulación (reelaboración) en dicho plano, el Ego Divino es atraído otra vez hacia la Tierra por un nuevo cuerpo recién constituido, una mente y un corazón frescos y jóvenes que son el producto de los anteriores. Los lazos creados con otros egos no se han de quebrar nunca y nos llevan a encontrarlos una y otra vez.

Entre todos, el ciclo más extenso es el peregrinaje del espíritu inmortal del hombre desde el Divino Pleroma, como una naciente posibilidad sin consciencia, hasta su vuelta como “Hijo de Dios” consciente y desarrollado a pleno. Este ciclo se denomina, en las escrituras hindúes, Pravritti Marga (Sendero de Salida o de Ida) y Nivritti Marga (Sendero de Retorno). Platón llama, a este peregrinaje, “los grandes arcos”.

Todos nos hallamos en este gran sendero.

Algunos se encuentran mucho más cerca que otros del Sendero de Retorno. En el primer volumen de **LA DOCTRINA SECRETA** el discípulo dice al Gurú: “Veo una Llama, Oh Gurudeva, e incontables chispas indesprendidas que brillan allí”.

Estas “chispas indesprendidas” son nuestros “yoes” espirituales que no han dejado nunca el “Jardín del Edén”, es decir: los reinos espirituales interiores, pero que han enviado un limitado representante para recoger los frutos de las experiencias en estos mundos. C. W. Leadbeater solía decir que tal evento es como sacar afuera un brazo y luego retirarlo. ¡Y el brazo llega a creer que lo es todo!. A esta emanación y repliegue del Yo espiritual los llamamos “Vida”. El hombre eterno dentro de nosotros los lleva a cabo durante muchas existencias, ¿Por qué?. Porque el Poder Divino busca contacto con los mundos materiales a fin de desarrollar vehículos de conciencia en todos los planos de la Naturaleza.

Este deseo del Poder Divino en nosotros de ponerse en contacto con la materia y los distintos mundos que la integran, de entenderlos y conquistarlos nos conduce a la manifestación. Las “chispas indesprendidas” son inconscientes, nescientes; pero, al enviar sus representantes a los planos inferiores y densos, van desarrollando lentamente su autoconciencia y la propia motivación. De este modo, un día, se convertirán en “Dioses” conscientes, dotados de los poderes de esa Vida y Conciencia de la cual emanaron. De tal manera nace un “Hijo de Dios” de aquel que parecía ser sólo un “hijo del hombre”.

Dice H. P. B. que el retorno al Hogar se produce “en un primer período por un impulso natural y luego por esfuerzos propios conscientemente dirigidos y controlados por su Karma”. (D. S., Edic. Kier, Vol. 1, pág. 81) y en “**CARTAS DE LOS MAESTROS**” se afirma que los Adeptos “se convierten en tales, no se hacen”, (Cartas de los Maestros”: 1 a. ed. castellana, pág. 328; carta LIV).

En el Sendero de Ida, como he dicho, el hombre espiritual desenvuelve vehículos de conciencia en todos los planos de la Naturaleza. Cada uno de estos vehículos rige uno por vez y se desarrolla dirigiendo. En el Sendero de Vuelta (o de Retorno) la esencia divina comienza a despertar y gobernar.

Este es el “nacimiento del Cristo” en nosotros, “la esperanza de gloria”. La purificación gradual del cuerpo y el desarrollo del alma del aspirante han preparado el camino al nacimiento de su conciencia espiritual.

En definitiva, éste es nuestro últimísimo destino. Como dice San Agustín: “Fuimos creados para Ti, y nuestras almas no tienen descanso hasta que encuentran reposo en Ti”.

En las escrituras cristianas, a estos grandes arcos se los llama “la Caída” (en la materia) y “la Redención” (del Espíritu). La historia del Jardín del Edén es una alegoría muy antigua referida a la evolución humana. Es mucho más antigua que las escrituras

cristianas y también que las hebreas ya que se han encontrado dibujos de un hombre y una mujer junto a un árbol y una serpiente en piedras y joyas entre las ruinas de la antigua Caldea. La serpiente es un símbolo antiquísimo que representa el producto de una evolución anterior, el Iniciado (“naga”, en sánsc. también: serpiente). ¿No expresó el Cristo a sus discípulos la necesidad de ser tan astutos como serpientes??. Así, la divina potencialidad fue conducida fuera del Jardín del Edén y sometida al gobierno de “los pares de opuestos”, como dirían en Oriente, o, corro se expresaría en Occidente, inducida a correr del árbol del conocimiento del Bien y del Mal.

¿Han observado ustedes ese otro gran hecho: el juego incesante de los pares de opuestos?. ¿Existe algo que no tenga su opuesto?. ¿Y qué representa para el hombre dicho juego?. Esa perpetua interacción permite la evolución gradual de la autoconciencia y de la automotivación. ¿Por qué?.

Para que pueda conocer cómo elegir el bien y rechazar el mal, dice la Biblia. El último par de opuestos es el Bien y el Mal. Dios y el yo espiritual están más allá de los pares de opuestos.

Por lo tanto este gran ciclo de ida y vuelta del espíritu humano se debe a un maravilloso y espléndido propósito. Comienza su camino ignorante y sin desarrollo alguno. Retorna a Dios con sabiduría y poder, comprendiendo todos los planos de la Naturaleza y siendo capaz de funcionar en todos ellos. En la historia del Jardín del Edén figura otro árbol custodiado por un Querubín con una espada flamígera. El Querubín simboliza la Conciencia Superior (en “**LUZ EN EL SENDERO**” se lo llama “el guerrero interno”) y la espada siempre es el emblema de la Voluntad.

Cuando llega la hora, el “yo inferior” se convierte en uno solo con el “yo superior” y tiene conciencia de la inmortalidad.

Me han preguntado si nuestro libre albedrío es dual por naturaleza. Ante todo, nuestro libre albedrío se ejerce aquí, en la Tierra, a fin de conseguir objetos para el “pequeño yo”. Sin embargo, gracias a su ejercicio, crecemos. Cuando nace la conciencia espiritual, su pequeña voluntad se unifica con la Voluntad Una, la Voluntad del Universo. Para decirlo con las palabras de Alfred Tennyson:

“Our wills are ours, we do not know how, our wills are ours to make them Thine”.

“Nuestra voluntad es nuestra, ignoramos cómo, nuestra voluntad es nuestra para hacerla tuya”. (Traducción libre).

Cristo llama a la naturaleza superior del hombre “el Ángel” en el hombre que “siempre contempla el rostro de mi Padre en los Cielos”. A veces El habla también de esa Conciencia Superior como de “la perla de gran valor” que se encuentra profundamente oculta y ha de ser desenterrada al precio de todo lo que el hombre posee.

La diferencia entre el alma que desciende o cae en la materia y el alma que retorna de ella puede compararse a la diferencia entre un recién nacido y un hombre maduro.

Podemos preguntarnos: ¿Por qué razón hemos de crecer hasta nuestra estatura y plenitud con tantos dolores y dificultades?. Es que nos enfrentamos ante una ley universal de la Naturaleza. Toda forma de vida se inicia con un comienzo infinitesimal y lo maravilloso de esto es que, en ese diminuto comienzo, están contenidas todas las promesas y potencialidades de lo que más tarde se revelará. ¿Quién, si lo ignorara, podría imaginar, ante la contemplación de una bellota, que se encuentra frente al futuro gigante del bosque?.

¿Y quién, al mirar a un hombre corriente, puede percatarse de que en él yace, en latencia, un futuro dios?.



## CAPÍTULO IV

# LOS VERDADEROS MANDAMIENTOS DE DIOS

San Clemente de Alejandría manifestaba que existen tres maneras de contemplar las declaraciones dogmáticas acerca de la existencia. Si usted fuera una persona simple, sin cultura, las tomaría al pie de la letra; pero, aun así, lo ayudarían a vivir una vida digna. Si usted fuera más culto, podría reconocer su significado alegórico y, si usted tuviera inclinación al misticismo, reconocería su sentido místico.

En la actualidad, seguramente pocos creen que el Creador del Universo apareció ante Moisés en la cima de una montaña transmitiéndole los Diez Mandamientos, los cuales son en realidad los mismos en todas las grandes religiones. San Agustín, dijo:

“Lo que ahora se llama religión cristiana existió entre los antiguos y nunca ha dejado de existir desde el origen de la raza humana hasta que, habiendo aparecido el Cristo mismo, comenzaron a designar como cristianas a las verdades de la religión conocida hasta entonces”.

¿No se entiende con bastante claridad qué son los “mandamientos de Dios”?

Ellos son las inmutables Leyes de la Naturaleza en las cuales no hay variación ni sombra de desviaciones, “lo mismo ayer, hoy y siempre”. H. P. B. dice que ellas muestran “la huella de la Mente Divina en la materia”. Y, así como la Gran Vida se encuentra en todo lugar, del mismo modo las Leyes de la Naturaleza son universales. Me agradan las palabras del Salmista:

“Hacia dónde me alejaré de Tu Espíritu,  
y adónde huiré de Tu Presencia?  
Si subiera a los Cielos, allí estarías Tú;  
si en el Infierno hiciera mi lecho,  
he aquí, allí estarías Tú.  
Si tomara las alas del alba  
y habitara en lo más profundo del mar,  
aun allí me guiaría Tu mano,  
y Tu mano derecha me sostendría”.  
(Salmo 139)

Y Lord Tennyson, con visión profética, escribe:

“Our little systems have their day,  
they have their day and cease to be.  
They are but broken lights of Thee



and Thoy, o Lord, are more than they”.

Nuestros pequeños sistemas tienen su día,  
tienen su día y dejan de existir.  
No son sino fragmentos de Tu Luz  
y Tú, Oh Señor, eres más que ellos”.  
(Traducción libre).

El hombre se torna cada vez más consciente de que existe una Ley. La Ciencia nos ha enseñado la inmutable Ley Física.

Sólo hay un paso hacia la comprensión de que una Ley inmutable reina también en los mundos psíquico y espiritual. Y esta gran Ley produce un doble resultado. Si un hecho o un pensamiento se encuentran en armonía con la unidad fundamental de la vida, es decir con el bien, el progreso y la felicidad de todo lo demás, da como resultado felicidad y progreso, para el creador de ese pensamiento o hecho. Si introduce daño dentro de esa vida fundamental, da como resultado sufrimiento para el hacedor.

Así, H. P. B. aseguraba que el dolor es “el maestro, el que despierta la conciencia”. Hablaré acerca de eso en otro capítulo.

Resulta fácil comprender que, aunque tenemos aversiones y tratamos de evitar las penas y preocupaciones, sin ellas existiría un mundo carente de interés y todos nosotros seríamos meros robots y no evolucionantes Hijos del Altísimo.

La Ciencia llama, a las Leyes universales y a sus resultados, los “iguales y opuestos”.

La Religión las llama “la justicia de Dios”.

Si sembramos felicidad y servicio, la felicidad y el servicio retornarán a nosotros. Si sembramos miseria y egoísmo, la miseria y el egoísmo volverán a nosotros. No siempre ocurrirá esto en el curso de una sola existencia, sino a veces después de muchas.

Los Señores del Karma (o, como los llamaría la fe cristiana, los Ángeles Registradores) a menudo mantienen alejados del hombre ciertos resultados hasta que su naturaleza se fortalezca a fin de que, en lugar de ser aplastado por ellos, resulte en cambio purificado. O sea que la vida es un cirujano celestial.

La Naturaleza, que es Dios, nos gobierna con absoluta equidad. A menudo nos decimos: “¿Qué he hecho para merecer lo que me ocurre?”. Sin embargo, siempre trataremos de hacer lo mejor en toda situación.

El Maestro K. H. escribió una vez: “Nosotros hacemos siempre lo mejor, aun de lo peor”. Todo está resumido en lo que se llama la Regla de Oro: “Lo que quisierais que los hombres hicieran a vosotros, hacedles vosotros a ellos: porque ésta es la Ley y los profetas”. El Buda dijo algo similar: “El sufrimiento sigue las huellas de los pies de quien hace el mal, como las ruedas del carro siguen las huellas del buey”. Es Ley Universal y no se la puede evadir. San Pablo escribió: “No os engañéis. Dios no puede ser burlado; porque lo que el hombre sembrare lo mismo cosechará”.

De esa manera habremos aprendido y nos habremos desarrollado. El bien que se haya prodigado volverá a nosotros en alguna vida futura. Arroja tu pan a las aguas, porque lo encontrarás después de muchos días”. (Eclesiastés, 11,1). Cuando llegue el final de nuestra existencia, nos alegraremos recordando el bien y la felicidad que hayamos

## Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

